

LEONID ANDRÉYEV

LOS ESPECTROS

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE NICOLÁS TASIN

BARCELONA 2008  ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Eta Prizraki*

Publicado por:

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© de esta edición, 2008 by Quaderns Crema, S.A.

Todos los derechos reservados:

Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-96834-72-9

DEPÓSITO LEGAL: B. 31.854 - 2008

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio 2008*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización total por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

Cuando ya no cupo duda de que Yegor Timoféyevich Pomerántsev, el subjefe de la oficina de la Administración local, había perdido definitivamente la razón, se hizo en su favor una colecta que produjo una suma bastante importante y se le recluyó en una clínica psiquiátrica privada.

Aunque no tenía aún derecho al retiro, se le concedió en atención a sus veinticinco años de servicios irrefragables y a su enfermedad. Gracias a esto tenía con qué pagar su estancia en la clínica hasta que le sobreviniera la muerte: no había la menor esperanza de curarle.

Al comienzo de la enfermedad de Pomerántsev, su mujer, de quien se había separado hacía quince años, pretendió tener derecho a su pensión. Para conseguirla, incluso hizo que un abogado litigara en su nombre, pero perdió la causa y el dinero quedó a disposición del enfermo.

La clínica se hallaba fuera de la ciudad. Al lado del camino, su aspecto exterior era el de una simple casa de campo, construida a la entra-

da de un bosquecillo. Como en la mayoría de las casas de campo, su segundo piso era mucho más pequeño que el primero. El tejado, muy alto, tenía forma de hoja de hacha invertida. Los días de fiesta, para alegrar a los enfermos, se izaba en él una bandera nacional.

En las mañanas apacibles de primavera y de otoño llegaban de la ciudad los sones apagados de las campanas y el ruido sordo de los coches; pero, en general, un silencio profundo reinaba en torno de la clínica, más profundo que en la aldea próxima, donde se oían los ladridos de los perros y los gritos de los niños. Allí no había ni perros ni niños. La casa estaba rodeada de un alto muro. Alrededor se extendía una pradera que pertenecía a la clínica y se hallaba siempre desierta. A cosa de un kilómetro se alzaba, entre los árboles, la estrecha chimenea de una fábrica, de la que no se veía nunca salir humo. La fábrica, perdida en medio del bosque, parecía abandonada.

Muy pocos de los que transitaban por el camino sabían que tras el alto muro y las puertas cerradas había locos. Los demás—los campesinos que pasaban en sus cochecillos saltarines, los cocheros de punto procedentes de la ciudad,

los ciclistas, siempre apresurados sobre sus máquinas silenciosas—estaban habituados a ver el alto muro y no le prestaban atención. Si cuantos se encontraban en su recinto se hubieran escapado o se hubieran muerto de repente, se habría tardado mucho en advertirlo; los campesinos en sus cochecillos y los ciclistas sobre sus máquinas silenciosas hubieran seguido pasando por delante del muro sin sospechar nada.

El doctor Sheviriov no admitía en su clínica a locos furiosos; por eso reinaba en ella el silencio como en cualquier casa respetable, habitada por gentes bien educadas. El único ruido que se oía a todas horas, desde que, hacía ya diez años, se había abierto la clínica, era tan regular, suave y metódico que no se advertía, como no se advierten los latidos del corazón o el acompasado sonido de un péndulo. Lo producía un enfermo que llamaba a la puerta cerrada de su habitación. Estuviera donde estuviese, siempre encontraba alguna puerta, a la que empezaba a llamar, aunque bastase empujarla ligeramente para que se abriera. Si se abría, buscaba otra y empezaba a llamar de nuevo; no podía sufrir las puertas cerradas. Llamaba de día y de noche, sin poder apenas tenerse en pie a causa del cansancio. Pro-

bablemente, la insistencia de su idea fija le había hecho adquirir el hábito de llamar también durante el sueño; al menos, el ruido regular, monótono, que hacía no cesaba en toda la noche. Además, no se le veía nunca en la cama, y se suponía que dormía de pie, al lado de la puerta.

En fin, había gran tranquilidad en la clínica. Muy raras veces, casi siempre durante la noche, cuando el bosque invisible, sacudido por el viento, lanzaba gemidos lastimeros, alguno de los enfermos, presa de una angustia mortal, empezaba a dar gritos. Por lo general, se acudía con presteza a calmarlo; pero ocurría en ocasiones que el terror y la angustia eran tales que resultaban ineficaces todos los calmantes, y el enfermo seguía gritando. Entonces la angustia se contagiaba a todos los habitantes de la clínica, y los enfermos, como muñecos mecánicos a los que se hubiera dado cuerda a la vez, empezaban a recorrer nerviosamente sus habitaciones, agitando los brazos y diciendo cosas estúpidas e ininteligibles. Todos, incluso los enfermos más apacibles, llamaban violentamente a las puertas e insistían en que se los dejase libres.

Asustada, a punto de perder el juicio, la enfermera llamaba entonces por teléfono al doc-

tor Sheviriov, que se encontraba en el restaurante Babilonia, donde acostumbraba pasar las noches. El doctor poseía el don de tranquilizar a los enfermos sólo con su presencia. Pero hasta mucho tiempo después de su llegada los enfermos balbuceaban cosas fantásticas detrás de las puertas de sus respectivos cuartos, y la clínica parecía un gallinero donde hubiera entrado una zorra durante la noche.

Pero esto ocurría raras veces y no se advertía fuera, porque el camino, por la noche, estaba completamente desierto. Además, a través de los muros, los gritos parecían de hombres que estaban de broma, a lo que contribuían no poco ciertos enfermos que cantaban en sus momentos de crisis.